
4.

Estrategias, dudas y apuestas clandestinas

El trabajo de campo en las agencias de citas y en las páginas web eróticas de pago

LIVIA MOTTERLE, UNIVERSITAT DE BARCELONA

JORDI ROCA-GIRONA, UNIVERSITAT ROVIRA I VIRIGILI

Introducción

La etnografía, junto con la comparación y la contextualización, ha sido definida como uno de los elementos del llamado triángulo antropológico (Pujadas *et al.*, 2010) e incluso, en ocasiones, como sinónimo de la misma disciplina antropológica (Ingold, 2012). De todos modos, la etiqueta etnográfica, fiel a su naturaleza cualitativa, no ha sido muy estricta en cuanto a sus indicaciones y prescripciones de uso y, además, las ha ido modificando y adecuando a las mutaciones del objeto de estudio antropológico (Roca Girona, 2017). Cuando la etnografía, y especialmente el trabajo de campo, se ha enzarzado en el terreno movedizo de la sexualidad o las relaciones sexoafectivas, ese carácter suyo poco dogmático se ha visto asaltado e interpelado por el alcance imprevisto e imprevisible de tener que lidiar con un material escasamente abordado por ella y por el conjunto de las ciencias sociales¹.

Si hacer etnografía ya genera a menudo recelo, sospechas, ansiedades e inseguridades metodológicas y epistemológicas, hacer trabajo de campo etnográfico de/en entornos sexualizados puede fácilmente hacer saltar todas las alarmas. Porque en este contexto pareciera que las características

1 Aunque es de justicia reconocer que en las últimas décadas se han ido dando aportaciones con mayor frecuencia. Una de las más recientes es la de Parrini y Tinat (2022).

asociadas a esta metodología, tales como las relaciones de campo basadas en la participación –abierta o encubierta–, la experimentación, la inmersión, el trato directo e íntimo y los largos contactos cara a cara con los denominados «informantes», pudiera adquirir una nueva –e incómoda– dimensión que acabaría por dinamitar las costuras de una categoría que hace tan sólo un par de décadas diversos autores todavía señalaban que permanecía ajena a una revisión profunda (Comaroff y Comaroff, 1992), de tal forma que el lugar, el dónde de la etnografía, se había naturalizado y pasado a formar parte del sentido común del trabajo antropológico y, por lo tanto, había sido ignorado como problema metodológico (Ferguson y Gupta, 1997).

Si además nos atrevemos a encarnar las posibilidades de la autoetnografía, todo se complica. Se reconoce que quienes investigamos somos sujetos deseados y deseantes y que partimos del cuerpo para conocer e interpretar la «realidad», pero cuando se trata de abordar las prácticas sexuales/afectivas/eróticas, se regresa a ese mandato del distanciamiento y a esa ansiedad incómoda de sentir que se están transgrediendo principios éticos. Es decir, si interactuamos sexual o afectivamente con las personas que colaboran en nuestras investigaciones, si somos parte del grupo al que se «estudia» o si llegamos a implicarnos emocionalmente en/con lo que observamos. Pareciera que lo sexual es el último límite que quiere romper la autoetnografía.

La intención del texto es compartir algunas inquietudes que han acompañado dos investigaciones etnográficas en territorios sexualizados: las agencias de citas y las páginas web eróticas de pago. Las dos partes que vertebran el texto, *Sin novia y con apuros: mi trabajo de campo en una agencia de citas amorosas en Kiev*, por un lado, y *Una etnógrafa deseada y deseante. Mi trabajo de campo en las páginas web eróticas de pago*, por el otro, se centran en el trabajo de campo de quienes escribimos estas páginas. Están redactadas en primera persona porque, tratándose de vivencias encarnadas, quieren celebrar la experiencia personal «como una forma de llegar a la dimensión cultural, pero también a la política y a la económica de los fenómenos estudiados, yendo y viniendo de lo local a lo global, de lo individual a lo colectivo» (Esteban, 2004).

En este contexto, nos preguntamos: ¿Cuáles son los dilemas e inquietudes presentes en el proceso metodológico caracterizado por una tensión entre erotismo y ética, entre intimidad y reflexión situada? (Haraway, 1991). ¿Cómo intentar vivir de forma no jerárquica el doble papel de etnógrafo y potencial marido, en un caso, y de etnógrafa y *web cam*

girl, en el otro? ¿Cómo las relaciones de poder que estructuran las instituciones académicas pueden afectar el trabajo de campo en contextos tan peculiares? ¿Cómo las técnicas metodológicas se pueden confundir con otras estrategias, como las técnicas de seducción? A estas y otras preguntas intentaremos contestar en estas páginas.

Sin novia y con apuros: mi trabajo de campo en una agencia de citas amorosas en Kiev

La búsqueda global de pareja

Si bien podemos documentar diacrónicamente infinidad de relaciones sexoamorosas transfronterizas, con períodos más o menos álgidos como, por ejemplo, aquellos que se enmarcan en las diversas expansiones coloniales, lo cierto es que la eclosión y el crecimiento de estas deben ser ubicados en la década de los noventa del siglo pasado. Igualmente, debe señalarse, como hace por ejemplo Constable (2005: 16), que, si bien los hombres han cruzado las fronteras para encontrar esposas, habitualmente han sido las mujeres quienes las han cruzado de manera más permanente para convertirse en esposas, deviniendo migrantes matrimoniales. Entendemos que el predominio de sistemas de carácter patriarcal basados en la subordinación de las mujeres y en su adscripción primordial a la esfera reproductiva constituiría, sin duda, el marco explicativo de la movilidad matrimonial femenina históricamente. Entre los principales factores que deben ser tenidos en cuenta para explicar tal desarrollo a partir de la última década del siglo pasado debemos hacer mención a la creciente existencia de flujos transnacionales y realidades de carácter globalizado (Appadurai, 2001), a la emergencia y extensión de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC) y, en general, a la facilitación del aumento de la movilidad tanto física como virtual, y también vital, con el triunfo de la sociedad electiva (Giddens, 2000).

Las condiciones actuales de la globalización han permitido, pues, la ampliación del campo matrimonial (Illouz, 2012) y, por tanto, la posibilidad de encontrar pareja en cualquier lugar del mundo, en lo que bien podríamos denominar un supermercado matrimonial global (Constable, 2003; Heino *et al.*, 2010). La presencia cada vez mayor de matrimonios

mixtos, por una parte, y del llamado turismo sexual, por otra, se hace evidente en el marco de una particular geografía del amor y del deseo que se articula a través de las llamadas rutas globales de búsqueda de sexo y/o de cónyuge, que van de los países del llamado norte global –occidente europeo, Norteamérica y Asia-Pacífico– a regiones del llamado sur global –Caribe, resto de Latinoamérica, este de Europa y sudeste asiático–, y que implican fundamentalmente a hombres del primer grupo y a mujeres del segundo².

Si bien contamos con un buen número de obras sobre turismo sexual, la literatura académica existente sobre parejas binacionales, igualmente ya bastante numerosa, no ha puesto demasiada atención en la dimensión sexual de estas parejas. Los trabajos más cercanos a este ámbito se han centrado más bien en los nuevos patrones de mercantilización y crecimiento de los negocios vinculados a la búsqueda de pareja transnacional, en los denominados *cyberromances* y en el desarrollo de las relaciones románticas en línea (Doring, 2002; Baker, 2005). Dentro de esta perspectiva se ha documentado, por parte de diversos autores (Zelizer, 2005), que muchos aspectos de la intimidad y de las relaciones personales han ido comercializándose cada vez más explícitamente vinculados a los procesos globales de mercantilización. La metáfora del mercado ha permitido explorar algunas implicaciones del desarrollo de las relaciones románticas en la red, tales como la objetivación de las potenciales parejas y la mercantilización de uno mismo y de los demás como productos para la venta, la valoración, la compra o el descarte (Heino *et al.*, 2010), así como hablar de la mercantilización de la intimidad o del afecto (Constable, 2009).

Las agencias de citas amorosas: ¿un territorio sexualizado?

¿Por qué los hombres contactan con mujeres rusas y latinas? Por la mitificación de las mujeres rusas, que están muy buenas. Y de las cubanas, que sexualmente están muy bien. Yo creo que es más por el sexo. O sea, una cubana joven, una mujer joven y guapa y un hombre que ronda los 50, entre 40 y 50, es el sueño de todo hombre. Una tía buena y joven y que no tiene manías de acostarse con él. El mito

2 Véase Pettman (1997) para el caso del turismo sexual y Williams (2010) para el caso de las parejas mixtas.

sexual. Yo no creo que busquen enamorarse. Bueno, si además se enamoran, pues de puta madre. Y si además te hacen la comida, pues perfecto. Pero el mito es acostarse y dormir con una tía buena. Porque se las cogen guapas... ¿Qué miran, las cualidades o el físico? Que esté buena. Es el mito de los tíos a partir de los 40. Y además son dos modelos: la guapa elegante y la otra, la exuberante y sensual, que sexualmente nunca tienen bastante, que están más liberadas, todo el modelo latinoamericano. Pero quizás todo esto lo pienso como mujer, que es que creo que los hombres tienen siempre más presente el sexo que las mujeres (Laia, española, 41 años).

Esta reflexión, recogida de una entrevista a una familiar de un hombre perteneciente a una pareja mixta heterosexual (formada por un cónyuge español y otro de otra nacionalidad) pone voz a uno de los (pre)juicios imperantes entre la población española sobre las citadas parejas en el inicio de la emergencia y proliferación de estas: su naturaleza sexual. Investigar sobre ello nos adentraba, pues, en un territorio sexualizado.

En la planificación formal del proyecto de investigación³ correspondiente, la obtención de información empírica se articulaba, fundamentalmente, a través de la realización de entrevistas y la observación de páginas web de citas destinadas a elegir esposas extranjeras. Desde el primer momento se me antojó inviable y disparatada la observación, fuese en el formato que fuese, de parejas mixtas. Pero el proceso de búsqueda que, de forma inevitable, las antecede, tal vez no resultaba tan inabordable. Diversas entrevistas con responsables de agencias de citas amorosas que trabajaban con países eslavos⁴ abrieron una oportunidad para realizar la llamada observación participante.

Entro, como visitante, de forma gratuita, en la web de Interdating (<https://interdating.ua/ukrainian_women.php?lang=es>). Hay diversas pestañas para elegir. Me centro en la «Galería de fotos». Son fotos de mujeres inscritas en la agencia. Está organizada por bloques de edad: a) Menores de 25 años; b) de 25 a 30 años; c) de 31 a 35 años; y d) mayores de 36 años (y hasta 60, teóricamente). Me queda claro que el

3 Este texto se basa en la información recogida en diversos proyectos de investigación del Plan Nacional de I+D+I llevados a cabo entre 2006 y 2018.

4 El origen mayoritario de las esposas de hombres españoles casados transnacionalmente es Latinoamérica y, en segundo lugar, la Europa oriental o del este. Las agencias trabajan únicamente con países de esta segunda región.

mensaje implícito es que se trata de una oferta dirigida a hombres que buscan una mujer joven. Del primer grupo contabilizo 198 mujeres; del segundo 300; del tercero 234; y finalmente del último 282. Constató, pese a las pocas diferencias numéricas, que el grupo de las chicas más jóvenes es el que cuenta con menor número y el de las chicas entre 25 y 30 años el que tiene más. En Ucrania, y otros países del entorno, las mujeres acostumbran a casarse y tener el primer hijo, hasta hace poco al menos, antes de los 25 años. El grupo, por tanto, de 25 a 30 se correspondería con el de las mujeres más presionadas y/o estresadas para encontrar un marido. En total 1014 mujeres residentes principalmente en Kiev y sus alrededores⁵. Cada mujer del catálogo tiene una ficha con la siguiente información: fecha de nacimiento, estado civil, hijos, altura, peso, color de los ojos y del cabello, ciudad, signo del zodiaco, empleo, idiomas, descripción propia y/o del hombre deseado. Se adjuntan, además, diversas fotografías de cada perfil.

En el grupo A destaca la elevada presencia de estudiantes, el hecho de que en la descripción del perfil no acostumbran a especificar límites de edad para los hombres deseados y que la mayoría dice dominar el inglés; mientras que en el B las mujeres especifican generalmente la edad deseada del hombre buscado. En el grupo C destaca la presencia de muchas mujeres divorciadas y, al igual que en el grupo D, las mujeres inscritas no dominan muchos idiomas ni saben, o dicen dominar muy poco, el inglés.

Constató que esta observación no participante me da mucha información sobre el *qué* (el número de mujeres inscritas en la agencia, sus características físicas, su edad, estado civil, incluso algunos rasgos auto-percibidos de su personalidad y sus preferencias respecto a los hombres buscados), pero poca o ninguna sobre el *porqué*. La web aporta información sobre «cómo son las mujeres del este», cómo se las debe tratar, y también sobre precios, viaje, servicios ofertados. Pero no sobre qué perfiles tienen los hombres-clientes, cómo se desarrollan los encuentros en Kiev, de qué manera son ofertados los servicios, porqué desean un hombre extranjero que, a su vez, desea una mujer ucraniana, etcétera.

Decido pues que es del todo pertinente que realice observación participante para poder obtener información de primera mano sobre estas

5 Casi 10 años después parecía que el negocio había prosperado: en julio de 2016 las chicas que aparecían en la web de la agencia eran 1388. Y en 2022 el número roza ya las 2000.

y otras cuestiones. Puedo hacerlo porque cuento con un proyecto financiado para estudiar precisamente diversos aspectos concernientes a las parejas mixtas o binacionales. El Instituto de la Mujer pagará mi inscripción en la agencia y el viaje y estancia correspondiente. No puedo evitar tener pensamientos encontrados ante tal escenario: un organismo autónomo adscrito a un Ministerio público que tiene como funciones impulsar y desarrollar la aplicación transversal del principio de igualdad de trato y de oportunidades entre mujeres y hombres, así como la prevención y eliminación de toda clase de discriminación de las personas por razón de sexo, me facilitará la incorporación a un enclave que algunos autores y autoras, al referirse a sus catálogos de *mail-order brides*, han señalado que representan un collage de discursos hegemónicos de carácter económico, sexual y racial que celebra la ideología dominante de signo capitalista anglo-patriarcal (Halualani, 1995: 45) o que constituyen lugares de fantasía para los hombres en una era en que sienten que los valores tradicionales de la preeminencia masculina en la familia ha sido minada (Robinson, 1996: 49). Las palabras de Wilson (1988), no obstante, señalando que la mirada antropológica debe abordar las páginas de estos catálogos para encontrar a los hombres y mujeres que aparecen en ellos más allá de las representaciones, me animan y refrendan mi decisión.

Llamo a Roberto, el responsable en España de la agencia Interdating a quien había entrevistado hacía unos meses, y concretamos los detalles: viajaré a Kiev del 16 al 26 de junio (2007). Yo mismo compraré los billetes de avión y una vez llegado a Kiev abonaré a la agencia 1500 euros. Este precio incluye: la recogida en el aeropuerto (a unos 40 km de la capital) y el retorno el día de vuelta; un apartamento (que constato al llegar que está compuesto por una cocina, un comedor, un WC, una sala de estar y un dormitorio, con nevera, cocina, calentador, microondas, aire acondicionado en la sala de estar y dos televisores (uno en el comedor y otro en la habitación), y las presentaciones asistidas de traductora cuando sea preciso, así como la asistencia de la agencia.

Inicio el proceso como cliente y siguiendo las recomendaciones de Roberto escojo un total de 20 mujeres (lo que representa un promedio de algo más de dos mujeres por día de estancia), aunque me aclara desde el primer momento que una vez en Kiev puedo consultar el catálogo y escoger más mujeres si lo deseo. ¿Qué perfil de mujer debo escoger? Me digo a mí mismo que, obviamente, para la elección debo tener en cuenta variables relevantes hipotéticamente para la investigación. Procuero, pues,

que en la muestra seleccionada estén representados los diversos grupos de edad, diferentes profesiones, distintos estados civiles (solteras y divorciadas son los únicos que aparecen), mujeres con hijos y sin hijos, de distintos niveles educativos (una variable que no aparece en la ficha de perfil pero que pude inferir del empleo consignado o de la descripción del perfil), que hablen, generalmente poco, tal como lo indican, español o italiano o, en este caso más, inglés o francés, o sólo ucraniano y ruso, que en sus preferencias de hombres buscados no hubiera alguna que yo no cumpliera (como por ejemplo ser menor de 40 años), y que fueran preferiblemente de Kiev (porque de lo contrario había que abonar un pago extra de 100 euros para cubrir el desplazamiento).

Relleno mi ficha. Las fichas de los hombres (que no son públicas, a diferencia de las de las mujeres) contienen la siguiente información: nombre y apellidos; correo electrónico y teléfono; fecha de nacimiento; ciudad, provincia y país; número de noches en Kiev (3, 5, 7 o 10); fechas del viaje; breve descripción personal; y lista de chicas que desea conocer en Kiev, a quienes se les facilitará la ficha para que puedan decidir si les interesa o no acudir a una cita.

En la descripción hago referencia a que soy antropólogo, que investigo y doy clases en la universidad, y que estoy interesado por la diversidad cultural, además de algunos lugares comunes sobre mis gustos musicales y actividades de ocio. La agencia me requerirá más adelante algunas fotos. Mando tres: una en mi estudio con una estantería con libros de fondo; otra en el Circuit de Barcelona-Catalunya y otra en el desierto. Acabados los preparativos ya está todo a punto para el viaje a Kiev.

Después del viaje Barcelona-Kiev, con escala en Zúrich, me espera en el aeropuerto un señor con un letrero con mi nombre. Media hora después estoy ya en la agencia, donde me atiende Ksenia, que habla un castellano correcto, me cobra el importe acordado con Roberto y me facilita el plan de entrevistas para el día siguiente (a las 11 h, 14 h, 16 h y 18 h). Me acompañan al apartamento que me corresponde.

Pienso en las entrevistas de mañana. Acudiré sin ninguna guía de entrevista, aunque con mis intereses bastante clarificados: quiero hacer emerger las motivaciones de mis entrevistadas para conocer hombres extranjeros y el conocimiento que tienen de ellos, así como la opinión que tienen de los hombres ucranianos. Me interesan sus expectativas, el concepto que tienen de familia, su ideal de las relaciones de género y de amor, etcétera y su experiencia con los encuentros con hombres en

la agencia. Me preocupa un poco la situación un tanto extraña de estar hablando con una mujer que ha accedido a tener un encuentro conmigo como una posible futura pareja y que la naturaleza de mis preguntas pueda alejarse un tanto de las propias de alguien que está intentando averiguar si le gusta o interesa la persona con quien está hablando como posible pareja. Voy a valorar, sobre el terreno, el tipo de cuestiones que plantean mis entrevistadas para ajustar, si es preciso, mis preguntas.

El trabajo de campo pone las cosas en su sitio y te enseña, una y otra vez, que cualquier previsión al respecto es pura fantasía. En mis primeros días de «encuentros» con las candidatas elegidas ya constato la existencia de una cierta diversidad de perfiles que en la mayor parte de los casos no «problematiza» el tipo de preguntas que yo pueda hacer. Converso con mi primera cita, paseando a orillas del río Niéper. Una mujer del grupo de más edad que básicamente me cuenta su relación de frustraciones: con su exmarido militar, con el hecho de que en Kiev señores mucho mayores que ella buscan mujeres mucho más jóvenes que ella y que las calles están llenas de mujeres jóvenes disponibles, con el sentimiento que despierta en ella la relación con una amiga que vive con su familia en Madrid desde hace un año, o con el hecho de no tener coche y de no poder ir de fin de semana a las playas de Crimea. La existencia de amigas o conocidas, entre las candidatas entrevistadas, viviendo en países europeos resultó ser bastante habitual. En un caso, entrevistando a Oksana, una *export manager* de 35 años, soltera y sin hijos, con tres carreras y cinco cursos de piano, que afirmaba no poder convivir con una persona con la que no pudiera hablar de intereses y gustos compartidos y que debía ser como ella (ordenado, inteligente, con ganas de viajar, buen nivel cultural, etcétera, tal como indicaba en su perfil), al decirme que tenía pocos pero buenos amigos, especialmente amigas, algunas de las cuales vivían en el extranjero (USA, Bélgica, Francia, entre otros lugares), le pregunté si eran felices, a lo que me contestó: *comme ci comme ça*.

La siguiente «candidata», Victoria, viene con su hija de 14 años, que hará de traductora al inglés, a pesar de que en la ficha Victoria decía hablar inglés, italiano y polaco. Ella también es del grupo de mayor edad, con 43 años. También divorciada de un militar con el que afirma no tener ni querer tener ninguna relación, se explaya en hablar de su frustración con la Ucrania independiente y con el desastre de Chernóbil, para pasar a conversar por encima de algunos de los tópicos asociados a España (la siesta, la comida, el clima, etcétera). En este caso ella

se interesa y pregunta por mis hijos, lo que hace que yo haga lo mismo con su hija, que me habla de sus planes para ir a la universidad. Tatiana, por ejemplo, abogada de 35 años, divorciada y con un hijo de 17, me preguntará de qué trabajo y me comentará que es muy interesante, pero sin mayor indagación, interesándose inmediatamente por cuán lejos o cerca vivo de la playa. Un par de días después entrevistaré a Anna, también del grupo de más de 35 años y con un hijo de 17 años, y también ella va a preguntarme por mis hijos, por mi expareja, por el régimen de visitas de mis hijos, por si vivo lejos o cerca de ellos, y por mi trabajo, en el transcurso de una cena –ella ya había llegado a la agencia vestida para cenar: vestido negro por debajo de la rodilla– en un restaurante de comida ucraniana (inicialmente me había llevado a uno de cocina francesa y al preguntarle si tendrían algún plato típico ucraniano se levantó y me llevó a un restaurante ucraniano) en el que pedí una sopa y un plato de pasta y ella pescado y un tiramisú ucraniano, más una copa de vino de Georgia para cada uno y yo un café. Total: 50 euros. Al salir del restaurante Anna paró un taxi y le preguntó el precio hasta el destino, pidiéndome a continuación los 7 euros que le había dicho el taxista. Ahí me sentí un tanto incómodo.

Elvira, de 35 años, con 3 carreras universitarias, con quien me encuentro por la tarde, se presenta simpática, extrovertida, y con un sentido del humor decididamente irónico. Me da la sensación de que está apuntada en la agencia como una forma divertida e interesante de conocer hombres de otros países y pasar un buen rato de conversación. En este contexto, veo la oportunidad de preguntarle por su experiencia en la agencia. Me cuenta que hace año y medio que está apuntada y que debe haber hablado con 6 o 7 hombres, ninguno alemán porque, como señala enfáticamente, se niega a hablar con algún hombre de esta nacionalidad. Le he preguntado sobre si estaba creciendo el turismo en Ucrania y, con un punto de ironía perversa, me ha contestado que sí, «sobre todo el sexual», haciendo cierta referencia implícita a nuestro encuentro, a lo que he contestado matizando que esto, en todo caso, sería turismo amoroso. Con una sonrisa ha precisado que el turismo sexual en Kiev no era un turismo explícito, como por ejemplo en Tailandia, pero que venían grupos de hombres con esta finalidad y que en realidad existía la imagen de que en Kiev el sexo era fácil, barato y bueno. No hemos hablado de hijos, ni de exparejas, ni de familia.

Las mujeres entrevistadas el primer día se han mostrado en todo momento más bien reservadas y en una actitud que podría calificar de

cierto distanciamiento corporal. Me han saludado dándome la mano, tanto al llegar como al despedirse. Evidentemente, esto no puedo achacarlo a mi «impostura» actoral puesto que en el inicio del encuentro yo era, a todas luces, un hombre español interesado en conocer a mujeres ucranianas con finalidades románticas. Simplemente es el saludo propio en Ucrania entre personas que no se conocen.

La primera de las mujeres con las que me encontré al día siguiente, Sveta, estudiante de cuarto de sociología según su ficha, fue la única menor de 25 años con la que conseguí hablar. Representa, sin duda, otro tipo de perfil de la agencia. Solo llegar a la agencia, a las 16 h, ya ha propuesto salir de la agencia e ir a un café, que resultó ser un pub irlandés. Allí ha pedido un gin-tonic y ha estado tan pendiente de nuestra conversación, que ha encarado con muy pocas ganas de hablar, como de su móvil. En realidad, no me ha hecho ninguna pregunta en toda la hora que ha durado el encuentro. Cuando le he preguntado por la razón de inscribirse en la agencia me ha contestado que era una ocasión, como internet, de relacionarse con gente para practicar su nivel precario de inglés. En su ficha, no obstante, dice lo siguiente: «Soy una señorita seria, que busca una relación y matrimonio de larga duración». Justo a la hora de haber iniciado nuestra conversación me ha pedido 100 unidades de la moneda local, equivalente a 17 euros, para el taxi. La norma de la agencia es comunicar al cliente, con antelación, las personas que requieren pago de taxi por vivir fuera de Kiev. Al señalarle que la agencia no me había comunicado tal circunstancia, Sveta se levantó, visiblemente contrariada, me dijo que «lo que yo quisiera», y se fue dejándome plantado.

Entre algunas «bajas» de última hora de mujeres de la agencia con las que había quedado y algunos cambios de día y hora de encuentro, pude dedicar un día –de las 11:30 a las 19:30– a pasear y conversar con Juan, un canario de 45 años, promotor inmobiliario, que había llegado a la agencia hacía unos días. Su biografía estaba marcada, según sus propias palabras, por la pérdida de un hijo de 20 años en un accidente. Divorciado de una mujer venezolana, me habla de sus múltiples viajes y relaciones con mujeres en Cuba, en donde estuvo a punto de casarse con una chica menor de edad, y República Dominicana. Juan dice que «la mujer cubana, caribeña, es simpática, cariñosa, sexualmente activa, que tiene una sexualidad natural, a diferencia de las españolas, que son todas vírgenes [sic] y las de Kiev, que son guapísimas pero distantes y frías». Su «defecto», como dice él, es que le gustan las mujeres jóvenes.

Mientras deambulábamos por unas galerías comerciales de la ciudad flirteó con una dependienta con la que quedó para más tarde: «no es guapa, pero es simpática, y yo no puedo irme de Kiev sin echar un *kiki*».

La sexualización de las mujeres ucranianas no sólo me la transmitió Juan, sino que también rezumaba en las conversaciones, menos extensas que las que mantuve con Juan, con los otros españoles que encontré en mi observación diaria en la agencia. Uno de ellos fue Genaro, médico de familia de Salamanca de 50 años, cuyo aliento olía a alcohol. Otro fue Enrique, un ingeniero gallego de 50 años con el que, a pesar de resultar ser huidizo, además de pedante, fantasma y bocazas, pude hablar un buen rato. Enrique, según su autopresentación, es un motero ostentoso de Harley que, además, conduce un descapotable, lo cual es el decorado perfecto para presentarse como un ligón empedernido y triunfador de extranjerías. Me deja muy claro que había ido a Kiev a través de la agencia, pero no para encontrar chicas, sino porque la agencia le proporcionaba la cobertura. Para encontrar chicas, decía, no le hacía falta la agencia, ya que él solo se bastaba. Y eso que, como me confesó, ¡no hablaba ningún idioma aparte del español! Pero en la discoteca él era el que más bebía, el que invitaba a todo el mundo, el que cerraba el local, y al que «las tías se le tiraban encima». Me informó que las chicas de Kiev, en la discoteca, cuando ya iban alegres o bebidas, se te tiraban encima y perdían todo el saber estar que las caracterizaba. Aderezó el comentario con informaciones suplementarias sobre el hecho de que Ucrania era el país de Europa con mayor índice de Sida y que los chicos ucranianos sólo querían marcar muescas de cuántas «tías se tiraban». Como Juan, Enrique había vivido también algunos años en Venezuela. Estaba fascinado por el mundo eslavo –llevaba mucho tiempo yendo cada año a Kiev–, y mientras yo trataba de sobrevivir al empequeñecimiento al que me estaba sometiendo sin piedad, logré escuchar, antes de desconectar, que las chicas rubias le atraían mucho.

Una etnografía sexualizada y un trabajo de campo desexualizado

El «peligro» de cualquier atisbo de naturaleza sexual en mi trabajo de campo me desexualizó casi por completo. Si hubiera hecho entrevistas sobre cultura tradicional, hábitos alimentarios o procesos migratorios seguramente mi mirada no hubiera estado tan acomplejada y (auto) vigilada que con las entrevistas a las mujeres de la agencia. ¿El motivo?

Tal vez estaba pensando que la única manera de afrontar y salir indemne de la sospecha (¿de quién?, ¿La Academia, el Instituto de la Mujer, las personas de mis círculos de sociabilidad?) de actuar y parecerme a los clientes españoles o europeos de la agencia que iban a Kiev a encontrar esposa porque las ucranianas en particular y las esclavas en general les atraían mucho sexualmente, era situarme en las antípodas de su perfil y de su proceder. Pero entonces ello era a costa de entrar en el campo sin la voluntad decidida de vivirlo como quienes habitaban este campo social. Y entonces, tal vez, lo que encontraba en ellas, y lo que ellas encontraban en mí, no era la representación habitual. Hemos hablado bastante sobre la incidencia y las consecuencias de la presencia de la etnografía o el etnógrafo en el campo sobre las personas que lo habitan, pero nos hemos planteado bastante menos la influencia que determinadas instancias externas al campo tienen sobre el trabajo de campo que uno realiza. No sé hasta qué punto la sombra del Instituto de la Mujer, de los/as colegas de la universidad o de mi propio entorno relacional cayeron sobre mí y cómo me afectaron. Pero lo cierto es que no miré en ningún momento a ninguna de mis citas como una posible pareja.

Al hilo de esto, también consideré, posteriormente, que ellas, en cualquier caso, habrían podido dejar caer algún atisbo de seducción o de deseo, pero pronto me di cuenta de que esto no forma parte de «la manera de ser» de la mujer ucraniana. Ninguna confidencia ya no sexual sino de carácter podríamos decir que íntimo. Ninguna pregunta o insinuación al respecto. Ni en su caso ni en el mío. Podría haber preguntado, por ejemplo, si no quería ser muy directo, por «la fama» como amantes de italianos y demás. Podría haber comentado la fama que tenían ellas entre los españoles, basándome en los propios testimonios de ellos, que había podido ejemplificar en los españoles que estaban en aquel momento en la agencia, o incluso de ellas, que ya habíamos recogido de entrevistas anteriores, como en el caso de Natalia, una rusa de 25 años, soltera, que, en una entrevista realizada en España, aportaba las opiniones o imaginarios de ambos lados:

Y yo le preguntaba: ¿Por qué os gusta tanto la mujer rusa? ¿Por qué no cubanas? Y él me respondía: «Primero, porque sois inteligentes, con vosotras se puede salir a la calle, o presentar a los amigos, que sois inteligentes y podéis dar una imagen que se puede presentar. Segundo, porque sois amas de casa, buenas cocineras, sabéis hacer bien al marido, cómodo ¿no? No calentar una comida, sino comida hecha por

Categorías desbordadas

vosotras y, luego dice: que sois buenas en la cama. Buena presencia, inteligencia, casa, familia, hijos». Es su opinión, pero dice: A vosotras al principio cuesta un poco llegar a una persona, primero frías y luego, cuando ya se rompe este hielo, ya no hay Dios que nos pare. Ya somos más calientes. Al principio sí, pero ya cuando ya está...

Con todas estas particulares confesiones de ignorancia, duda y fracaso *malinowski*anas, regresé de Kiev sin novia, pero con muchas preguntas, bastantes dudas y algunas certezas. La experiencia de estos diez días en la agencia en Kiev me permitió acceder a la variedad de aspiraciones, motivaciones y experiencias de las mujeres y los hombres envueltos en esas relaciones de conocimiento inicial virtual o a distancia, cuyas historias contrastan en ocasiones fuertemente con algunas ideas populares y académicas sobre ellas y ellos, así como constatar que en ellas ambos realizan elecciones y pueden ejercer ciertos grados de control, devienen, en suma, agentes activos en el proceso. Lo cual no quiere decir que no estén influenciados por la intersección de determinadas categorías sociales, estructurales y culturales, como el género, la raza y la nacionalidad, y diversas dimensiones de poder (Heyse, 2010: 67; Constable, 2003: 14-15).

Una etnografía deseada y deseante. Mi trabajo de campo en las páginas web eróticas de pago

Preocupaciones situadas

Era el mes de mayo de 2020. Me encontraba en Ciudad de México para realizar una estancia posdoctoral⁶ con un proyecto que quería analizar las relaciones entre trabajo sexual callejero, espacio público y deseo en la misma ciudad. Como antropóloga feminista que trabaja los temas relacionados con el género y la sexualidad y cuya mayor preocupación es comprender la complejidad del trabajo sexual en diferentes contextos culturales, tenía la obligación de preguntarme cómo la pandemia por

6 Se trata del posdoctorado que he realizado en el Centro de Investigaciones y Estudios de Género (CIEG) en la Universidad Nacional Autónoma de México (2019-2021).

covid-19 estaba afectando la vida de las mujeres (cis, lesbianas y trans) que se dedicaban al trabajo sexual en el contexto donde vivía en aquel entonces. Fue así como, sin haberlo planeado, mi investigación tomó un rumbo inesperado. La imposibilidad para las *sex workers* de ejercer el trabajo sexual en las vías públicas transformó Internet en un espacio privilegiado de construcción e intercambio de deseo. El *focus* de análisis se deslizó entonces del trabajo sexual callejero al trabajo sexual *online*.

En los últimos años Internet ha ido configurando cada vez más las experiencias sexuales de muchas personas. El proliferar de plataformas virtuales y aplicaciones ha ampliado la posibilidad de intercambio erótico y afectivo (Rodríguez Salazar y Rodríguez Morales, 2016), inclusive aquello que se intercambia por dinero. En particular, fue con la llegada de la pandemia por covid-19 que hemos asistido a una explosión de las plataformas eróticas de pago como Cam4, Onlyfans o Chaturbate. Muchas trabajadoras sexuales, frente a la imposibilidad de disponer de las calles para pactar los servicios sexuales y la dificultad de seguir encontrando hoteles abiertos y baratos para ejercer su actividad laboral, se han visto con la única opción de ofrecer sus servicios sexuales *online* (Jones, 2015; Campbell, 2019; Stegeman, 2021; Motterle, 2022). Muchos clientes, además, por miedo a contagiarse, han preferido acceder a experiencias performativas que prescinden del contacto físico (Lam, 2020; Azam, 2020). También muchas personas que no ejercían previamente el trabajo sexual han recurrido a las plataformas *online* para vender fantasías eróticas y fetichizar el placer. A tal propósito los estudios de Benedetti (2022), Gallego (2021) y Silveira Passos (2020) son muy significativos porque no solo muestran cómo la pandemia ha influido en gran medida en el poder adquisitivo de las trabajadoras sexuales, sino que también profundizan en el trabajo sexual *online* o virtual como un nuevo escenario de trabajo y/o un medio de publicidad y concertación de encuentros.

¿Cómo funcionan las plataformas eróticas de pago *online*? Son espacios virtuales donde unas mujeres (cis, lesbianas y trans) y hombres (cis, gais y trans) mayores de edad venden servicios sexuales (como *striptease*, masturbaciones, prácticas sadomasoquistas, etcétera) a clientes de cada género y orientación sexual que buscan en las redes un momento de placer, compañía o diversión. Hay un «chat público», donde es posible conversar de forma gratuita con las modelos y modelos (así se llaman en la jerga las personas que trabajan en estas plataformas). Esta sería la fase preliminar al «chat privado», donde las fantasías de los clientes son satisfechas a cambio de dinero. Aparte de los espectáculos en directo, las

webcam girls y los *webcam boys* tienen la posibilidad de vender videos y fotos de contenido sexual, contactos personales (número de teléfono, cuenta de Skype, mail, etcétera), ropa interior, objetos personales y cuentos eróticos (Jones, 2015; Jonsson, 2014).

Ahora bien, después de una primera aproximación bibliográfica al tema de las plataformas eróticas de pago, para poder comprender a fondo las dinámicas que guían el trabajo sexual *online*, era necesario realizar lo que da sentido y densidad a los paradigmas teóricos estudiados: el trabajo de campo. Una pregunta empezó a zumbear obsesivamente en mi cabeza: ¿Cómo acceder al campo? No podía pasear por las aceras como había hecho durante años en mi trabajo de campo en la calle d'En Robador de Barcelona, sentarme en una mesita del bar El Coyote, de la Bodega Rubén o de otros bares que rodean la Filmoteca, esperando poder intercambiar unas palabras con algunas de las mujeres que estaban ofreciendo servicios sexuales⁷. Para poder entrevistar a las «trabajadoras sexuales virtuales» o, mejor dicho, a las *webcam girls* y a sus clientes, necesitaba moverme por las aceras virtuales de los «chats públicos». Eso solo era posible de una manera: inscribiéndome a estas plataformas. Es verdad que hubiera podido entrevistar a unas cuantas *webcams girls* que conocía y quizás llegar con la técnica de la bola de nieve a más colaboradoras. Pero, sin poner el cuerpo, no hubiera podido comprender a fondo la negociación del placer, los mecanismos de poder, las ventajas y desventajas y muchas más dinámicas que vertebran el mundo de las plataformas eróticas de pago. Además, muchas personas que se dedican a tiempo completo o esporádicamente al trabajo sexual *online* no quieren salir del armario a causa del estigma y guardan en secreto su actividad laboral.

Es importante precisar que el estigma de «puta» funciona como una estrategia patriarcal ligada a la construcción de los roles de género, donde, además de no tolerar la transgresión de las normas sexuales por las personas que ejercen esta profesión, es utilizado para no considerar su independencia económica como una opción rentable (Osborne, 1991, 2004). Es un estigma irreversible ya que, una vez impuesto, esencializa la vida de la persona hasta su muerte. La construcción del estigma de

7 Entre los años 2012 y 2015 he llevado a cabo una investigación etnográfica sobre los mecanismos de violencia institucional hacia las trabajadoras sexuales del Raval, cuyos resultados se encuentran en mi tesis doctoral titulada *Y tenía corazón. Trabajo sexual, violencia y resistencia entre carne y piedra en el Raval de Barcelona*. Véase <<https://www.tesisenred.net/handle/10803/667221#page=1>>.

la trabajadora sexual está directamente vinculada a una tradición higienista de fuerte impronta biomédica y moral (Motterle, 2021). En particular, la cruzada moral ha intentado establecer el límite de lo decente, lo bueno, lo normal y lo moral, respondiendo a una obsesión que ha sido definida como «pánico sexual» (Rubin, 2012). Lombroso, uno de los mayores influyentes del higienismo, definía así la condición de anormalidad de las prostitutas a finales del siglo XIX en su obra titulada *La mujer delincuente, la mujer prostituta y la mujer normal*: «Las mujeres criminales y las prostitutas se reconocen por la dimensión de su cráneo, mucho más inferior que el de las mujeres normales, y por poseer una boca prominente que recordaría al morro de los animales» (Lombroso, 1896: 56).

Consciente de que la única manera para acabar con la estigmatización y discriminación de las trabajadoras sexuales es posicionarse a su lado, escuchar sus necesidades y luchar con ellas por sus derechos, el desafío que me acompaña desde hace más de una década es habitar el feminismo proderechos de las trabajadoras sexuales, hibridando la teoría feminista y el activismo (Motterle, 2020). Politizar la investigación o, en otras palabras, comprometerme políticamente desde un punto de vista reflexivo y ético. Haraway me enseñó a vivir las relaciones sociales con «un posicionamiento crítico en el espacio social generalizado no homogéneo» (1991: 336) y a considerar la subjetividad como algo multidimensional. Butler me estimuló a ver cómo «nuestros cuerpos son arrojados al mundo, expuestos a los demás» en una apertura dialéctica con la sociedad donde la vulnerabilidad «afirma el carácter relacional de nuestra existencia» (2014: 49-50). Con las trabajadoras sexuales he aprendido a mirar esta vulnerabilidad como catalizador de agencia y determinación y no como estrategia de victimización. A partir de estos conocimientos encarnados plasmo entonces las preocupaciones iniciales que aquí comparto y que despliegan mi vuelo de antropóloga feminista proderechos hacia un territorio hipersexualizado.

¿Cómo moverme en este terreno estigmatizado, pero sin duda excitante, defendiendo mi rol de activista, etnógrafa y *web cam girl* a la vez? ¿Cómo articular el trabajo de campo en este escenario erótico? ¿Cómo interactuar con las modelas y con las/los usuarias/os? ¿Cómo decirles que soy antropóloga y que estoy realizando un trabajo de campo? ¿Cómo habitar un proceso metodológico caracterizado por una tensión entre erotismo y ética, entre intimidad y reflexión situada? ¿Cómo intentar vivir de forma no jerárquica el doble papel de etnógrafa y *web cam girl*?

¿Cómo las relaciones de poder que estructuran las instituciones académicas pueden afectar el trabajo de campo en un contexto tan peculiar? ¿Cómo no venir juzgada por estas mismas instituciones por el hecho de estar investigando en espacios empapados de placer sexual, sudor y orgasmos? ¿Cómo confesar lo inconfesable de una investigación encarnada que se niega a ser clandestina para reivindicarse desde el goce?

¿Antropóloga o web cam girl?

Como bien explicaba Baudrillard (1997), toda seducción requiere del secreto o por lo menos de la convicción que alguien lo posee y se lo calla o lo esconde. Cuando abrí mi cuenta como *webcam girl* en Cam4 y Chaturbate, la elección de un nombre ficticio, diferente de mi nombre de pila, me provocó una mezcla de sentimientos que iban de la seguridad y la protección al misterio y atracción. Mi entrada en el campo suponía ocultar mi identidad. Pero esta era la única forma para poder comprender en primera persona los mecanismos que intervienen en la construcción y la negociación del deseo en línea.

Rellené entonces mi perfil con las informaciones requeridas: foto (donde no aparecía mi cara ni algún elemento que hubiera desvelado mi identidad), nombre (ficticio), orientación sexual, idiomas, edad y breve descripción física. Dejé en blanco las casillas destinadas a los precios del material vendido (fotos y videos eróticos, así como contactos personales) ya que no puse a la venta ninguno. Pero sí, para poder completar mi inscripción como *web cam girl*, tuve que especificar la cantidad de euros por minutos destinados a los *shows* en vivo que supuestamente podía ofrecer a los/as usuarios/as a través del videochat, a pesar de que mi observación participante se limitó solamente al «chat público» (el espacio destinado a la conversación donde está prohibido enseñar las partes íntimas) y no se adentró en el «chat privado» (el espacio destinado a la venta de servicios sexuales virtuales).

Aunque estaba allí como antropóloga y no para ofrecer *shows* eróticos, a los ojos de las modelas y modelos, así como de los/as usuarios/as, era una *web cam girl*. De ahí la necesidad de aclarar mi doble papel de etnógrafa y *webcam girl*. Cuando notaba que la conversación era fluida y que la persona con quien estaba chateando (se tratara de un/a usuario/a o modelo/a) tenía una actitud abierta y respetuosa, entonces le contaba que era también antropóloga y que estaba realizando un

estudio sobre las plataformas eróticas *online*⁸. Utilizando también estas personas un nombre ficticio, no existía la preocupación recíproca de desvelar la propia identidad.

El secreto, que funciona como ingrediente básico en todo tipo de sociabilidad erótica, se hace aún más necesario cuando hay dinero de por medio. El estigma a que se enfrentan las trabajadoras sexuales (y la voluntad de mantenerse en el anonimato que deriva de ello) no nace, en efecto, solamente del hecho de intercambiar experiencias eróticas. Lo vergonzoso e inaceptable por quienes las criminalizan es que una mujer pueda beneficiarse de su capital erótico, tal como lo llama Hakim (2012), sin considerar que el trabajo sexual es un trabajo y que, por lo tanto, existe una retribución económica previamente pactada que lo regula. Fue así como mi deseo de realizar una investigación se mezclaba con el deseo de poder generar una conexión erótica virtual con los/as usuarios/as. Las técnicas de seducción se confundían con las técnicas metodológicas. «Ser guapa no es necesario para este trabajo, pero desprender buen rollo y picardía, eso sí», solían decirme muchas trabajadoras sexuales con que he colaborado. Cuanto más mezclaba la amabilidad a la sensualidad, más se abrían los/as usuarios/as y, poco a poco, empezaban a confiarse y a contarme sus fantasías, pero, sobre todo, sus problemas. Muchos hombres me explicaban que acudían a estas plataformas porque las relaciones sexuales con su pareja no fluían como antes, que estaban llenas de incomprendiones y que los momentos de intimidad sexual eran escasos o nulos. Pedían consejos, diversión, liviandad.

No siempre el deseo que se negocia *online* está protagonizado por una sexualidad explícita, sino que puede habitar también los territorios de la afectividad y de las emociones. Según los relatos de las trabajadoras sexuales que trabajan en plataformas eróticas (y también según lo que pude observar yo misma conversando con los usuarios), se paga por un momento de compañía y complicidad que puede trascender las masturbaciones o fantasías propiamente sexuales. El deseo en línea es una acción performática, dinámica y en continuo cambio. Como cada tipo de deseo, rompe las barreras entre lo íntimo y lo colectivo, lo individual y lo político, lo privado y lo exterior, el dentro y el fuera, lo subjetivo y lo objetivo. Está pactado por medio de un acuerdo y si no cumple con

8 Para este estudio, pude realizar una entrevista de una hora y media a diez *webcam girls* y cinco clientes. Estas entrevistas se realizaron a través de plataformas digitales como Zoom o WhatsApp.

las expectativas o excede en prácticas violentas como insultos o amenazas, con la simple acción de pulsar una tecla se puede salir de la virtualidad (Jones, 2015; Miller y Sinnanan, 2014).

Fue necesario entonces plasmar mi observación participante y mi forma de realizar las entrevistas al contexto en que me encontraba. Más me quitaba la ropa, más podía interactuar. Más interactuaba, más podía comprender. En efecto, siguiendo a Biglia, en la elección de las técnicas metodológicas se trata de evitar crear una «nueva jaula metodológica» sino «constituir un posible punto de partida o tránsito adaptado a las características de cada investigación, así como a las peculiaridades de las subjetividades que las habitan» (2007: 415). La etnografía en territorios sexualizados necesita elaborar y experimentar técnicas específicas que tomen como punto de partida las relaciones sexuales, propias y ajenas, en el campo. Si luego acercamos dos ramas de estudio, la sexualidad y las tecnologías digitales, el debate se complejiza y se hace aún más urgente porque si la antropología de la sexualidad apenas está empezando a salir con determinación de su «ilegalidad» académica, el análisis de la virtualidad lleva poco más de una década. Habitar las páginas web eróticas de pago como etnógrafa y *webcam girl* a la vez, se transforma entonces en un bagaje experiencial que no se puede dividir, silenciar o, mejor dicho, *secretar* de sus aportaciones epistemológicas desde y para las ciencias sociales.

La antropología como práctica gozosa y deseante

Las etnografías de la sexualidad son necesarias no solo para debatir sobre el abordaje metodológico del estudio de la sexualidad en el trabajo de campo, sino sobre todo para que el trabajo de campo se reconozca como un campo sexualizado, puesto que cada relación social es sexualizada. Como sostiene Trachman (2011), el trabajo de campo en contextos sexualizados sirve para explicitar los procesos a través de los cuales las relaciones de campo son relaciones sexualizadas. Este debate no tendría que estancarse en las y los especialistas de la antropología del género y de la sexualidad, sino más bien ser de utilidad a todas los/as etnógrafos/as para llegar al reconocimiento del componente sexual en la investigación social. Las relaciones sexuales y sexoafectivas en el campo y con los/as informantes tienen que ser tomadas en cuenta ya que pueden atravesar el encuentro etnográfico entre antropólogo/a e

informantes. Mauss (2006) se refiere a la etnografía intensiva como a un tipo de observación en profundidad, completa y detallada donde no se debe omitir nada. Langarita afirma: «Si el sexo es un hecho cultural, debe ser también un recurso etnográfico que permita al antropólogo conocer una realidad social concreta. El sexo puede ser una manera de entender el otro» (2015: 46). El trabajo de campo no puede no ser sexualizado.

Estas reflexiones que nacen en mi trabajo de campo en un territorio hipersexualizado, me permiten cartografiar una apuesta encarnada: habitar la antropología como una práctica gozosa y deseante. Se trata de una apuesta que se nutre del único feminismo que considero como tal: el feminismo proderechos de las trabajadoras sexuales, llamado también feminismo pro sexo. Siguiendo a Flores, entiendo este feminismo «como afirmación de la autodeterminación sexual y la libertad de expresión, como promoción de la creatividad sexual y erótica, manteniendo un horizonte abierto de posibilidades y deseabilidades que amplíe y multiplique los imaginarios disponibles y los repertorios de sus prácticas» (2016: 78). En esta apuesta no hay lugar para la culpa, la vergüenza, el miedo. En esta apuesta hay más preguntas que respuestas. ¿Cuánto espacio está dedicado a la sexualidad, al deseo, al placer, al goce en las investigaciones? ¿Por qué termina la ciencia cuando empieza la subjetividad? ¿Por qué los orgasmos son aún sacrificados en el banquete de las ciencias sociales? ¿Por qué el género de quien realiza una etnografía en territorios sexualizados determina el grado de condena del sujeto investigador? ¿Por qué el deseo de producir y producir artículos indexados que domina la universidad neoliberal no cede el paso al deseo de vivir el trabajo de campo, con calma e intensidad, con goce y con alegría?

Conclusiones

Muchas más preguntas podrían (in)concluir este capítulo y muchas más inquietudes transformarse en umbral para salir de estas reflexiones y entrar en otras. A través de un ejercicio colectivo de reflexividad que ha puesto en diálogo las inquietudes nacidas en dos contextos etnográficos (las agencias de citas y las páginas web eróticas de pago) hemos intentado perseguir el objetivo principal: indagar cómo las categorías etnográficas se quiebran, resisten o se transforman en territorios sexualizados para dar paso a un espacio-red manufacturado de conexiones y vínculos que

auspicio asimismo una autoetnografía o una ciberetnografía. No sabemos si lo hemos logrado, pero sí tenemos la certeza de haber escrito estas páginas desde la honestidad, la incomodidad y la confianza.

Desde las experiencias de campo presentadas se evidencia la urgencia de complejizar las relaciones de poder que las atraviesan. Es cierto que la etnografía ha experimentado, en las últimas décadas, una transición obligada y necesaria de un modelo colonial jerárquico que sobrevalora el conocimiento «experto» del/de la etnógrafo/a unos modelos de mayor igualdad gnoseológica entre este conocimiento y el de los/as colaboradores/as (antropología militante, epistemologías del sur, etnografía colaborativa, etcétera), lo que supone un cambio en las relaciones de poder entre etnógrafo/a y sujetos de estudio y el valor diferencial que se asigna a sus respectivos saberes (Reygadas, 2014). Pero, aun así, somos conscientes de que ninguna relación entre antropóloga/o y colaborador/a nunca podrá ser horizontal.

Como señalan Temple y Edwards (2002), las investigadoras e investigadores deben reflexionar sobre las maneras en que, como individuos con identidades sociales y perspectivas particulares, tienen impacto en las relaciones interpersonales del trabajo de campo. Además, un enfoque reflexivo de la investigación permite que las emociones de las investigadoras e investigadores sobre la investigación y las suyas propias y las de sus participantes sean utilizadas como recursos para mejorar la comprensión (Lazar, 2005). Por esto se hace necesario un reconocimiento de los privilegios de quien investiga, también cuando nos adentramos en territorios sexualizados. En este último caso, además, «el problema» no es tanto de inadecuación del método, sino de cómo reformular de manera creativa el canon etnográfico para así poder ubicar entornos, prácticas y sujetos en contextos atravesados por múltiples mediaciones (Roca, 2017; Licon, 2015).

También es necesaria, en este sentido, una autocrítica a las relaciones de poder que estructuran las instituciones académicas, ya que estas pueden afectar a las definiciones teóricas y epistemológicas que consideramos en el momento de llevar a cabo el trabajo de campo (García Canclini, 1991). Muchas veces, dentro de la academia, el papel del etnógrafo y de la etnógrafa viene juzgado con una cierta aura de moralidad a fin de cumplir con unos supuestos requisitos consensuados de legitimidad etnográfica, sobre todo cuando quien investiga se atreve a hablar de lo que no se debería hablar, es decir, de las relaciones sexoafectivas en el campo.

Ojalá este texto pueda enriquecer el debate académico sobre la movilidad y porosidad de la etiqueta de la etnógrafa/o –y de la etnografía– en territorios sexualizados, ya que reconocemos la urgencia de contrarrestar la obsesión objetivista de las ciencias sociales a través de etnografías que rompan las fronteras entre lo íntimo y lo público, lo privado y lo social. Pero, sobre todo, ojalá que este texto pueda servir para derrumbar imaginarios y falsas creencias sobre fenómenos complejos como las agencias de citas y el trabajo sexual *online*. Porque, al fin y al cabo, el gesto de crearse un perfil de potencial marido para mujeres ucranianas, así como un perfil de *web cam girl* en páginas web eróticas, ha nacido de la voluntad de comprender, documentar y desmitificar. Como afirma Parrini, «los mitos son necesarios porque permiten crear relatos colectivos que dan cierto sentido y configuran algunos procesos sociales. Pero los mitos no son piezas definitivas y pueden ser desarmados y vueltos a ensamblar» (2014: 8). Efectivamente, el mito es el resultado de una fabricación que mezcla de forma indisoluble la realidad con la imaginación. Ojalá que este texto sirva también pues para poner en discusión el mito de la objetividad de la ciencia y su convicción de que la pureza y validez de los resultados dependan de la ausencia del componente sexual/erótico/afectivo en el campo y en todo el proceso etnográfico.

Bibliografía

- Appadurai, A. (2001), *La modernidad desbordada*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Azam, A.; Adriaenssens y S., Hendrickx, J. (2020), «How Covid-19 affects prostitution markets in the Netherlands and Belgium: Dynamics and vulnerabilities under a lockdown», *Eur. Soc.*, 23, pp. 478-494, <<https://doi.org/10.1080/14616696.2020.1828978>>.
- Baker, A. (2005), *Double click: Romance and commitment among online couples*, Hampton, Cresskill.
- Baudrillard, J. (1997), «El secreto y el desafío», en *De la seducción*, Crítica, Barcelona, pp. 77-79.
- Benedetti, C. (2022), «Prostituição e o COVID-19: repercussão na vida das profissionais do sexo», *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, 17(49), pp. 159-177.
- Biglia, B. (2007), «Desde la investigación-acción hacia la investigación activista feminista», en *Perspectivas y retrospectivas de la psicología*

- social en los albores del siglo XXI*, J. Romay Martínez (ed.), Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 415-422.
- Butler, J. (2014), «Vida precaria, vulnerabilidad y étnica de cohabitación», en *Cuerpo, memoria y representación. Adrianna Cavarero y Judith Butler en diálogo*, B. Sáez Tajafuerte (ed.), Icaria, Barcelona, pp. 47-79.
- Campbell, R; Sanders, T; Scoular, J. y Cunningham, S. (2019), «Risking safety and rights: online sex work, crimes and “blended safety repertoires”», *The British Journal of Sociology*, 70(4), pp. 1539-1560, en: <<https://doi.org/10.1111/1468-4446.12493>>.
- Comaroff, J. y Comaroff, J. (1992), *La etnografía y la imaginación histórica*, Westview Press, Boulder.
- Constable, N. (2003), *Romance on a Global Stage*, University of California Press, Berkeley.
- (2005), «A Tale of two marriages: International matchmaking and gendered mobility», en *Cross-Border Marriages*, N. Constable (ed.), University of Pennsylvania Press, Philadelphia, pp. 166-186, en: <<https://doi.org/10.9783/9780812200645.166>>.
- (2009), «The Commodification of Intimacy: Marriage, Sex, and Reproductive Labour», *Annual Review of Anthropology*, 38, pp. 49-64, <<https://doi.org/10.1146/annurev.anthro.37.081407.085133>>.
- Doring, N. (2002), «Studying online love and cyber romance», en *Online social sciences Seattle*, B. Batinic; U. D. Reips y M. Bosnjak (eds.), Hogrefe and Huber, Seattle, pp. 333-356.
- Esteban, M. L. (2004), «Antropología encarnada. Antropología desde una misma», *Papeles del CEIC*, 12.
- Ferguson, J. y Gupta, A. (1997), «The field as site, method, and location in anthropology», en *Anthropological locations. Boundaries and grounds of a field science*, A. Gupta y J. Ferguson (eds.), University of California Press, Berkeley, pp. 1-46.
- Flores, V. (2016), «Decir pro-sexo», en *Cuirizar el anarquismo: ensayos sobre género, poder y deseo*, C. Daring; J. Rogue; D. Shannon; A. Volcano y S. Song (eds.), Bocavulvaria ediciones, Madrid pp. 73-84.
- Gallego, M. (2021), «Trabajo sexual en “tiempos de pandemia”. Tránsitos de personas trans en Colombia a plataformas webcam», en *Una mirada a la pandemia de Covid-19*, E. Campechano Escalona y R. Cuasialpud Canchala (eds.), Editorial Uniagustiniana, Cali.
- García Canclini, N. (1991), «¿Construcción o simulacro del objeto de estudio? Trabajo de campo y retórica textual», *Revista Alteridades*, 1(1), pp. 58-64.

- Giddens, A. (2000), *La transformación de la intimidad*, Cátedra, Madrid.
- Hakim, C. (2012), *El capital erótico. El poder de fascinar a los demás*, Editorial Debate, Barcelona.
- Halualani, R. (1995), «The Intersecting Hegemonic Discourses of an Asian Mail-Order Bride Catalog: Philipina “Oriental Butterfly” Dolls for Sale», *Women’s Studies in Communication*, 118(1), pp. 45-64, en: <<https://doi.org/10.1080/07491409.1995.11089787>>.
- Haraway, D. (1991), *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid.
- Heino, R. D.; Ellison, N. B. y Gibbs, J. L. (2010), «Relationshipopping: Investigating the market metaphor in online dating», *Journal of Social and Personal Relationships*, 27(4), pp. 427-447, en: <<https://doi.org/10.1177/0265407510361614>>.
- Heyse, P. (2010), «Deconstructing fixed identities: an intersectional analysis of Russian-speaking female marriage migrants self-representations», *Journal of Intercultural Studies*, 31(1), pp. 65-80, <<https://doi.org/10.1080/07256860903487661>>.
- Jones, A. (2015), «Sex Work in a Digital Era», *Sociology Compass*, 9(7), pp. 558-570, en: <<https://doi.org/10.1111/soc4.12282>>.
- Jonsson, L. S.; Svedin, C. G. y Hydén, M. (2014), «“Without the Internet, I never would have sold sex”: Young women selling sex online», *Cyberpsychology: Journal of Psychosocial Research on Cyberspace*, 8(1), artículo 4, en: <<https://doi.org/10.5817/CP2014-1-4>>.
- Illouz, E. (2012), *Por qué duele el amor*, Katz, Madrid.
- Ingold, T. (2012), «Conociendo desde dentro: reconfigurando las relaciones entre la antropología y la etnografía», Conferencia pronunciada en la Universidad Nacional de General, San Martín, Traducción de Stefanía Murall.
- Lam, E. (2020), «Pandemic sex workers’ resilience: COVID-19 crisis met with rapid responses by sex worker communities», *International Social Work*, 63(6), pp. 777-781, en: <<https://doi.org/10.1177/0020872820962202>>.
- Langarita, J. A. (2015), *En tu árbol o en el mío. Una aproximación etnográfica a la práctica del sexo anónimo entre hombres*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- Lazar, M. (ed.) (2005), *Feminist Critical Discourse Analysis: Gender, Power, and Ideology in Discourse*, Palgrave Macmillan, Londres.
- Licona, E. (2015), «La Etnografía de los “otros” cercanos: la implicación antropológica en las metrópolis», *Estudio*, 20, pp. 65-75.

- Lombroso, C. y Ferrero, G. (1983 [1896]), *La donna delinquente, la prostituta e la donna normale*, Fratelli Bocca, Turín.
- Mauss, M. (2006), *Manual de etnografía*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Miller, D. y Sinanan, J. (2014), *Webcam*, Polity, Cambridge.
- Motterle, L. (2020), «Somos guapas, somos listas, somos putas feministas: encarnando prácticas disidentes con las Putas Indignadas de Barcelona», *Debate Feminista*, 60, pp. 154-177, en: <<https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2020.60.07>>.
- (2021), «Del estigma al empoderamiento. El caso de las trabajadoras sexuales en Barcelona», en *Prostitución, contextos fronterizos y corporalidad. Diálogos para el debate*, Albertín Carbón, P. y Langarita Adiego, J. (eds.), Icaria, Barcelona, pp. 327-348.
- (2022), «From the Streets to the Screen: Sex Work, Stigma, Desire and Covid-19 in Mexico City», *Bulletin of Latin American Research*, en: <<https://doi.org/10.1111/blar.13440>>.
- Osborne, R. (1991), *Las prostitutas: una voz propia*, Icaria, Barcelona.
- (ed.) (2004), *Trabajador@s del sexo*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- Parrini, R. y Brito, A. (2014), *La memoria y el deseo: estudios gay y queer en México*, UNAM, Ciudad de México.
- Parrini, R. y Tinat, K. (coords.) (2022), *El sexo y el texto. Etnografías y sexualidad en América Latina*, El Colegio de México, Ciudad de México.
- Pettman, J.J. (1997), «Body Politics. International Sex Tourism», *Third World Quarterly*, 18(1), pp. 93-108, <<https://doi.org/10.1080/01436599715073>>.
- Pujadas, J.J.; Comas, D. y Roca, J. (eds.) (2010), *Etnografía*, Editorial UOC, Barcelona.
- Reygadas, L. (2014), «Todos somos etnógrafos. Igualdad y poder en la construcción del conocimiento antropológico», en *La etnografía y el trabajo de campo en las ciencias sociales*, C. Oehmichen (ed.), UNAM-IIA, Ciudad de México, pp. 91-118.
- Robinson, K. (1996), «Of Mail-Order Brides and “Boys Own” Tales: Representations of Asian-Australian Marriages», *Feminist Review*, 52, pp. 53-68, en: <<https://doi.org/10.2307/1395773>>.
- Roca Girona, J. (2017), «Donde te lleve el amor. Nuevos sujetos de estudio, nuevas condiciones de producción del conocimiento y sus [re]planteamientos etnográficos», *Antropología Experimental*, 17, pp. 63-81, en: <<https://doi.org/10.17561/rae.v17i0.375>>.

- Rodríguez Salazar, T. y Rodríguez Morales, Z. (2016), «El amor y las nuevas tecnologías: experiencias de comunicación y conflicto», *Nueva época*, 25, pp. 15-41, en: <<https://doi.org/10.32870/cys.v0i25.4420>>.
- Rubin, G. (2012), *Deviations: A Gayle Rubin Reader*, Duke University Press, Durham.
- Silveira Passos, T. y Almeida-Santos, M. (2020), «Trabalho sexual em período de pandemia por COVID-19 no contexto íbero-americano: análise de anúncios em websites», *Ciencia & Saude Coletiva*, 25(11), en: <<https://doi.org/10.1590/1413-812320202511.26622020>>.
- Stegeman, H. (2021), «Regulating and representing camming: Strict limits on acceptable content on webcam sex platforms», *New Media & Society*, pp. 1-17, en: <<https://doi.org/10.1177/14614448211059117>>.
- Temple, B. y Edwards, R. (2002), «Interpreters/translators and crosslanguage research: reflexivity and border crossings», *International Journal of Qualitative Methods*, 1(2), pp. 1-12, en: <<https://doi.org/10.1177/160940690200100201>>.
- Trachman, M. (2011), *Le travail pornographique Enquête sur la production des fantasmes*, La Decouverte, París.
- Wilson, A. (1988), «American Catalogues of American Brides», en *Anthropology for the Nineties*, J. Cole (ed.), Free Press, Nueva York, pp. 114-125.
- Williams, L. (2010), *Global marriage. Cross-border marriage migration in global context*, Palgrave Macmillan, Londres.
- Zelizer, V. A. (2005), *The Purchase of intimacy*, Princeton University Press, Princeton.